

PRUDENCIO DE PENA

(1875 - 1937)

Dr. Ricardo B. Yannicelli

La personalidad del Profesor Prudencio de Pena merece ser analizada y distinguida como el Creador y Maestro de la Cirugía Infantil en el Uruguay.

Tarea y destino que cumplió en más de 30 años de abnegada ejecutoria, venciendo obstáculos con esfuerzos sin límites y enfrentando la adversidad con resignación y dignidad.

Llegó a la Cátedra, que solicitó a los 34 años de edad, recién al cumplir 61 años. Poco después, teniendo escrita su Clase inaugural, que no llegó a dictar, desapareció físicamente, en gran parte víctima de su intenso prodigarse en las salas del Hospital de Niños.

Nació en Durazno el 28 de abril de 1875, iniciando sus estudios de Enseñanza Secundaria en Montevideo, en 1887. Fue Externo de la Clínica de Niños en el año 1897 y Practicante Interno de esa Clínica, desde 1899 a 1902, por concurso de Oposición y Méritos, actuando en el Asilo de Expósitos y Huérfanos y en el Hospital de Caridad.

Se graduó de Médico, luego de una brillante carrera, el 26 de Diciembre de 1902.

Desde 1902 a 1905, fue Jefe de Clínica de Niños, en el Servicio del Dr. Morquio, encargándose de los pacientes quirúrgicos. Luego fue Asistente honorario de esa Clínica desde 1905 a 1912.

En este último período, desempeñó, también, la Cátedra de Clínica de Niños en forma honoraria e Interina, en sustitución del Profesor Morquio, cuando éste, por largos períodos, usó de licencia en su Cátedra titular para realizar viajes de estudio en el extranjero.

En la Sala San Luis del Hospital de Caridad, junto a Morquio, y con base importante de conocimiento pediátrico médico, se inicia en la actividad quirúrgica de Niños, para dedicarse más tarde y exclusivamen-

te, a dicha especialidad. Culminó su actuación en la Asistencia Pública como Cirujano del Hospital de Niños Pereira Rossell, desde 1911 hasta su fallecimiento, el 3 de Abril de 1937, teniendo a su cargo las Salas 3, 4 y 4a.

De pocas palabras, serio, de gesto más bien adusto, la rigidez de su presencia física se transformaba



Prof. Dr. Prudencio de Pena

al acercarse a los niños que asistía, dibujando una sonrisa y mostrando una ternura que hacían pronto asequible el diálogo con la madre y el niño. Examinaba a sus pacientes lentamente, haciendo una semiología escrupulosa, buscando detalles que se ocultarían a un examen superficial y que, en su experiencia, significaban muchas veces el hallazgo orientador de un diagnóstico cierto y de un tratamiento con las mejores posibilidades de la época.

En su frustrada y escrita Clase inaugural (Diciembre de 1936) a la que nos referimos más de una vez, decía de Pena como sería su enseñanza "agregándole los conceptos de reflexión, producto de la experiencia, que animarán la Clínica sabiéndola tan difícil e infiel". "Esto nos ayudará a preservarnos, en lo posible, de los errores de la imperfección humana, que debemos tratar de aminorar, por medio del estudio constante y metódico de los enfermos".

Después de más de 30 años de experiencia, así hablaba de Pena, con sabiduría y modestia...

Durante el acto operatorio, un silencio profundo acompañaba sus gestos quirúrgicos, medidos, meticolosos, realizados con un cuidado tanto mayor cuanto más frágil y pequeño era el paciente que estaba en sus manos. Sereno, con gran experiencia, recién alteraba ese silencio, por pocas palabras, para referirse al diagnóstico operatorio o la realidad que estaba manejando.

Además de la preocupación por el acto quirúrgico, cuidaba, a veces, lo relacionado con la anestesia general, con sus posibles accidentes. Aún recordamos, pese a los 58 años transcurridos, la orden de "más anestesia" que nos daba De Pena a los Practicantes Internos que hacíamos anestesia con gotas de Cloroformo. Momento de gran stress para el anestesista, que temía pasar el límite, y para el cirujano, que, con toda razón, reclamaba un plano anestésico imprescindible, en especial en intervenciones de abdomen.

De Pena luchó, sin pausas, por mejorar los locales hospitalarios de sus enfermos, sufriendo la amargura de ver siempre postergadas sus aspiraciones. En la exposición escrita por él para la referida clase inaugural decía: "No puede concebirse la falta de luz solar directa en locales de asistencia de niños enfermos. Sólo estados muy precarios de las Instituciones hospitalarias que no deben dilatarse, obligarán a atender niños enfermos en estos locales", etc..

Su rebeldía a aceptar esa precariedad de recursos asistenciales y las complicaciones que creaban, tuvo oportunidad de exteriorizarse cuando uno de sus practicantes internos denunció, en la prensa diaria, muchas de esas deficiencias. De Pena asumió la decisiva responsabilidad moral de apoyar a su Practicante, dando su opinión conforme, ante una Comisión

designada por el Parlamento con fines investigadores, presidida por el Dr. Secco Illa (Enero de 1933).

De Pena tuvo, también, *entre sus grandes y justas aspiraciones, llegar a la Cátedra de Clínica Quirúrgica Infantil*. Su rectitud, su dignidad, lo llevaban a reclamar que la provisión de esa Cátedra se hiciera compulsando antecedentes, conocimientos y experiencias de todos los que aspiraran a ella.

Decía, refiriéndose a dicha Cátedra en 1909: "En esa fecha pedí el Concurso en la forma siguiente: Once años hace que presto, con el entusiasmo que la ciencia despierta, todas mis energías, todo el caudal de mis conocimientos a esa Clínica de Niños, donde entré como Interno, donde aprendí como alumno, donde enseñé luego lo que de las lecciones de mis maestros y de la propia experiencia adquirí, y donde aún me encuentro entregado a la labor que ha sido siempre la aspiración de mi vida profesional. Yo no vengo a pedir que se excluya a nadie; yo no quiero que el privilegio que ataco cuando me perjudica, se me dé cuando me beneficia; quiero y deseo que la igualdad rija para todos; que se me trate a mí, que tengo once años de trabajos, como el primero que, con fe en sus condiciones, quiera someter sus derechos al fallo de un tribunal competente e imparcial. Pido que se abra la puerta a todo el mundo y no que se abra para unos y se cierre para otros; que en esa noble lucha del saber corresponda el triunfo al que merecerlo".

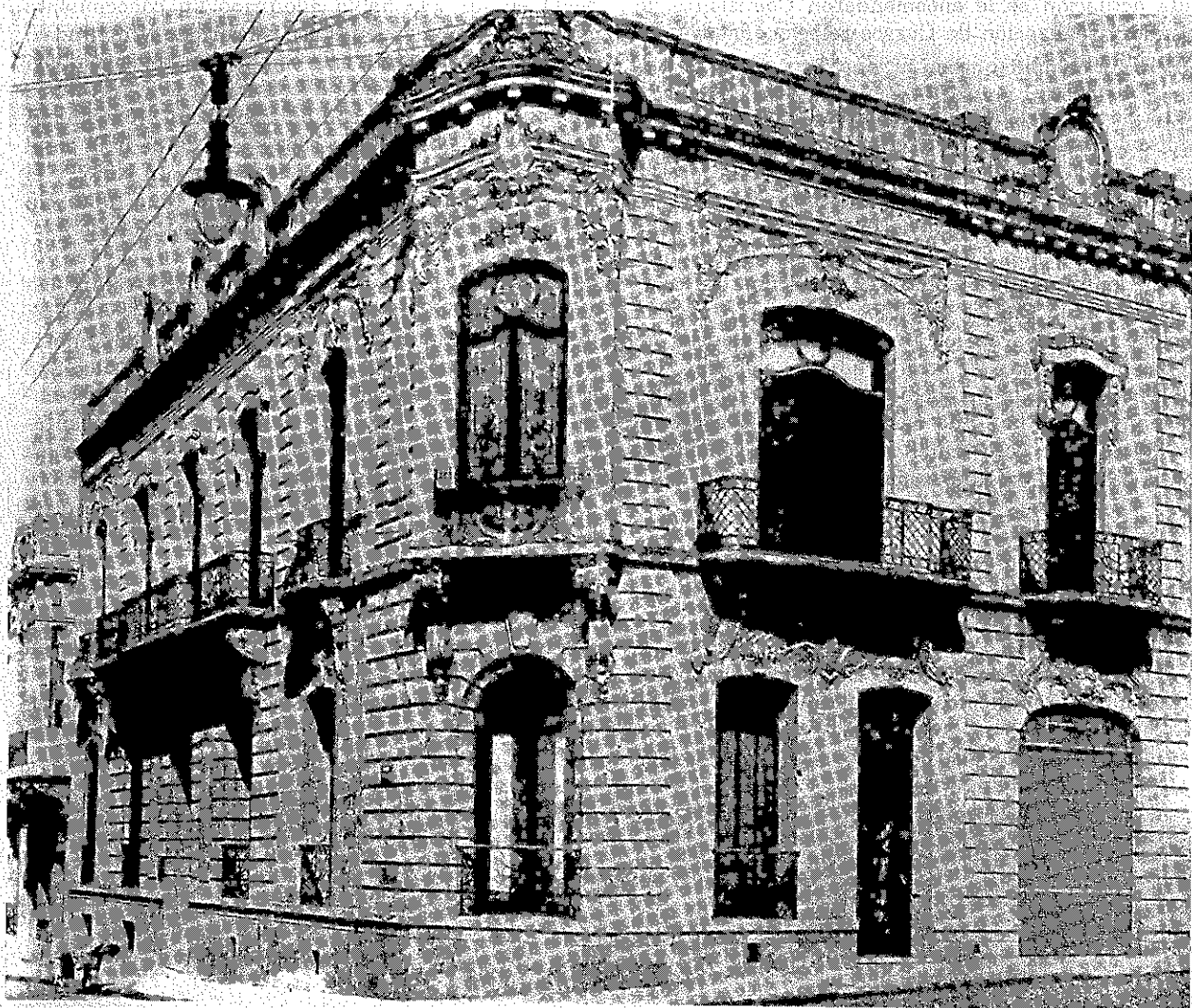
La prestancia moral y científica que surgen de esas declaraciones, que con tanta altivez deseó recordar en su escrita y frustrada Lección inaugural, dan otra muestra de la significativa personalidad del Maestro.

La Cátedra, proyectada en 1909, se creó en 1922, pero el Concurso fracasó. Por ley se ratificó esa creación en 1925. En 1926 se resuelve proveerla por Concurso de Oposición, pero éste se hizo imposible, porque, en su Tribunal, no había ningún Clínico de la Especialidad que se concursaba.

Mientras tanto, el Dr. Albo pasó por rotación de la Cátedra de Medicina operatoria a la Clínica Quirúrgica Infantil hasta el año 1935, y deja ésta, vacante, al pasar a la Clínica Quirúrgica General.

Recién en 1936, por Concurso de Méritos, el Consejo de la Facultad de Medicina, presidido por su Decano Profesor Pablo Scremini, por votación unánime de sus integrantes, y previo asesoramiento de una Comisión Especial, designó Catedrático de Clínica Quirúrgica Infantil al Dr. Prudencio de Pena.

El Profesor Bonaba, que sustituyó a Morquio como Director del Instituto de Pediatría y Puericultu-



Esquina de Cerrito y Bmé. Mitre. A la izquierda (planta baja), el Sanatorio de Prudencio de Pena; a la derecha (planta alta), su residencia.

ra, juzgaba como sigue al Maestro de la Cirugía Pediátrica Uruguaya: "Sin desconocer lo que debía a sus Maestros, especialmente a Morquio, el Profesor De Pena fue en gran parte auto-didacta, forjando con el propio esfuerzo y el estudio constante, su preparación profesional, excepcionalmente completa en Pediatría y en Cirugía Infantil".

"Empezó por ser Pediatra y lo fue en grado eximio antes de ser Cirujano.

"En la época heroica de la Pediatría Nacional llegó a constituir con Morquio, los dos mayores valores representativos y de significación en el momento".

De Pena no hace referencia explícita a quienes fueron sus Maestros en su formación quirúrgica. En su clase inaugural distingue a Morquio en esta forma: "Nuestro querido Maestro, su ejemplo y sus con-

ceptos han formado mis aptitudes de técnico y de profesional". Es posible, pues, que su formación quirúrgica naciera del contacto con los cirujanos de la época en que actuó en el Hospital de Caridad como Practicante Interno y luego como Jefe de Clínica y Asistente en la Sala San Luis.

En esos años actuaban en el Hospital de Caridad: Alfonso Lamas, Luis Mondino, Alfredo Navarro, Gerardo Arrizabalaga, Juan Francisco Canessa, Horacio García Lagos, Manuel Quintela y Pedro Martino. Este último en la Especialidad de Otorrinolaringología, intervino varios pacientes con el Dr. De Pena, y pasaría, llevado por Morquio, al Hospital Pereira-Rossell, a constituirse fundador de la Otorrinolaringología Pediátrica en el Uruguay.

De Pena fue socio fundador de la Sociedad de Pediatría y Presidente de la misma. Durante su prolon-

gada actuación se le encomendaron Comisiones de estudio y realización de Cursos relacionados con su Especialidad.

La Sociedad de Medicina en 1913 lo designó integrante de la Comisión de Profilaxis de la Hidatidosis, con los Profesores Arrizabalaga y Pouey, y el Dr. Domingo Prat. En 1915, dicta una magnífica lección, inaugurando el Curso extraordinario de Cirugía Infantil y Ortopedia. Este curso, declarado obligatorio por el Consejo de la Facultad de Medicina, era complemento de la Clínica de Niños de Morquio. En esa lección, publicada en los Anales de la Facultad de Medicina, destaca con gran erudición científica las diferencias entre la Ortopedia Infantil y la del Adulto afirmando que "hay que desechar el falso concepto que hasta hace poco tenían algunos, que consideraban la patología del niño como la de un pequeño adulto".

En 1920 fundó con el Dr. Rodríguez Gómez, el primer Sanatorio de Cirugía y Ortopedia para niños. Se instaló en la calle Cerrito y Bartolomé Mitre.

La producción científica de De Pena es valiosa y variada, comprendiendo capítulos de Cirugía y Orto-

pedia en las que había adquirido un conocimiento clínico que supo exponer con sinceridad y honradez. No nos corresponde en esta semblanza, referirnos con detalle a estos trabajos. Víctor Escardó y Anaya en Bibliografía del Profesor de Pena, cita 40 trabajos donde el No.1 es del año 1902, "Herida de bala en el abdomen con perforación de uretra en un Niño" y el No. 40 "La raqui-anestesia en el Niño" (año 1936). En 1917: "Quiste hidático cerebral operado y curado".

"Traumatismo de cráneo en el Niño", comunicación al Primer Congreso Médico Nacional (IV - 916), luego de meticolosas consideraciones de orden anatómico y clínico, estudia 118 casos asistidos desde 1888 a 1915, con 102 buenos resultados, con historias clínicas detalladas, informes paraclínicos, documentación y esquemas radiográficos, resultados operatorios y anatomopatológicos, y conclusiones que han sido y continuaron siendo motivo de consulta por los especialistas.

"Quiste Hidático de Pulmón en el Niño", revela su preocupación por utilizar técnicas operatorias de menor riesgo para la vida de los niños, aunque fueran menos espectaculares. Sus buenos resultados para la época (71 operados con 10% de letalidad), fueron de-



Algunos de los médicos egresados en 1902 y 1903. De izquierda a derecha. Sentados: Próspero Brunet, Alberto Cima, Nicolás Casatroja, Angel C. Maggiolo. De pie: Alberto H. Pérez Gomar, Alejandro Ramos Suárez, José Rodríguez Anido, Juan Darío Silva, Antonio Oliveres, Prudencio de Pena, Fausto Vega.

cisivos para desechar la "vómica curativa" que se preconizaba en la época. Sirvió, también, para demostrar que esas cifras no fueron superadas por otro Titular de la Cátedra, con poca experiencia en niños (1947 letalidad 10 a 15%, superior al 10% de De Pena en 1930).

Permitió, también, que uno de los discípulos de De Pena, presentara su propia estadística personal sobre 114 Toracotomías por Quiste Hidático de Pulmón en el Niño, 1938-1960 con 0.88% de letalidad, reivindicando la tendencia de De Pena; y es claro, apoyado con los progresos de antibióticos y anestesiología con que no contó su maestro.

Los homenajes a De Pena luego de su fallecimiento estuvieron, siempre, impregnados del dolor que significó la partida cruel, cuando había alcanzado la meta que anhelaba.

El Profesor Agregado Dr. Alfredo Rodríguez Castro, al asumir Interinamente la Cátedra y dar lectura a la Clase inaugural que dejó redactada el Maestro, afirmaba con razón: "El alto nivel científico, la prestigiosa consideración alcanzada por el Servicio Quirúrgico de Niños del Hospital Pereira Rossell, así como su extraordinaria eficacia técnica, humanitaria y social reconocida por todos, se deben al esfuerzo desarrollado por De Pena en toda una vida activa y fecunda", "presentándolo como la figura más brillante de la Cirugía Pediátrica en el Uruguay".

El Profesor Bonaba, sucesor de Morquio en la Cátedra, despedía a De Pena en nombre de la Facultad de Medicina recogiendo "el ejemplo de su vida marcada de una vocación purísima" "de la forma como se triunfa legítimamente y también como se sueña... y el dolor de ver despiadadamente tronchados por el destino los más nobles designios".

El Profesor Agregado Dr. Raúl del Campo, en nombre de la Sociedad de Pediatría destacaba "su amor incondicional a la profesión, su dedicación ejemplar, su contracción al que examinaba y observaba con detenimiento; su sagacidad clínica, su especial condición de observador paciente y fino". "En las consultas era el consejero y el amigo" del colega que compartía la asistencia.

El Dr. Ricardo Caritat, entonces Médico Ayudante de De Pena y más tarde Profesor Agregado de Cirugía Infantil y realizador en el Hospital Pereira Rossell de la gran obra conocida, dentro y fuera de fronteras, como "Obra Dr. Caritat", expresaba en ese póstumo homenaje: "Quemó sus alas en la llama pura y dignificante del trabajo al que se consagró en cuerpo y alma, volcando en él todo su caudal de energía y entusiasmo sin retaceos, sin protestas, sin desmayos, sin claudicaciones, que nunca conoció".

El Dr. Abel Chifflet decía: "en nombre de los Practicantes Internos que lo acompañamos años tras años, desde que se inició la Cirugía Infantil en aquellos barracones del Pereira Rossell". "De él guardamos el deseo mantenido de poder anotar hora tras hora, todo lo que hay de nuevo en un enfermo; de pasar, a veces, horas observando un paciente, de hacer sólo lo que sabemos, indudablemente, que ha de ser favorable a la evolución de la enfermedad.

"Cuando su Practicante se interesaba por un problema médico, nunca dejó de ilustrarlo con su opinión y de cargarlo de libros y revistas de la Especialidad, que él mismo, diariamente, traía al Hospital desde su casa".

Continuaba Chifflet: "Tus Practicantes que se sintieron cada vez más tus discípulos al pasar los años, están hoy todos aquí, para testimoniar nuestro reconocimiento a todo lo que tú infiltraste en nosotros y que guardamos como reliquia de la época en que comenzábamos a aprender con entusiasmo frente a ti".

El Profesor Burghi, presidiendo la Sociedad de Pediatría decía: "Si el hombre se rigiera únicamente por la Razón pura, escueta, la Muerte sería una lección nefasta para la vida. ¿Por qué luchar ímprobamente, por qué bregar por el mejoramiento individual y colectivo, por qué soportar los agravios y las penas que la vida trae aparejada, si la muerte"... "ha de concluir con todo y con todos, en una forma brutalmente igualitaria: con los buenos como con los malos, con los sabios como con los necios, con los útiles como con los inútiles o perniciosos?

Es que en el espíritu humano existen otros imperativos, dice Burghi: "Los espíritus de excepción, como lo fue Prudencio de Pena, cumplen en la vida"... "la misión superior del perfeccionamiento humano en una etapa fecunda que otros hombres semejantes deben conservar y continuar", y señala su aspiración: "conservar y enriquecer el legado de virtud y de ciencia de hombres de destacada jerarquía", como lo fue el Dr. Prudencio de Pena.

"Acción Sindical", del Sindicato Médico del Uruguay, decía: "Clínico excepcional, consagrada su vida al cuidado del niño enfermo, realizó una obra considerable, conquistando un puesto de vanguardia en la Cirugía Pediátrica continental. Hombre libre, supo honrar su vida manteniendo una dignidad y un espíritu de lucha poco comunes". "Debió luchar constantemente contra la adversidad dirigida sobre él una y mil veces, desde las alturas, por rivalidad, desatino, cumpliendo una labor de titán en Servicios hospitalarios anticuados, donde sólo un espíritu constructivo y dinámico como el suyo, pudo crear, venciendo obstáculos, salvando vidas, forjando esperanzas".

El Dr. Cyro Giambruno, Ministro Interino de Salud Pública, ex-Practicante Interno de De Pena, rinde homenaje a su Maestro, el 14-XII-941; descubre una Placa con la leyenda: "Dr. Prudencio de Pena - Médico y Apóstol- consagró su vida a la salud de los niños (1908-1937)". Agrega el Dr. Giambruno: "Aprendí con él lo que significa la superación en el esfuerzo, la inquietud sostenida y la serena resignación para descubrir algún bien en los fracasos irremediables".

Como ya dijimos y queda documentado, todos los recuerdos de Prudencio de Pena están engarzados en una mezcla de admiración y dolor; de ponderación sublimada de su esfuerzo incontenible y perseverante; del triunfo de su sabiduría y su dedicación; de la grandeza de su resignación a obstáculos y adversidades, y de la brutal injusticia de su inoportuno y llorado deceso.

Desde nuestra modesta posición de Practicante Interno de las Salas 4 y 4a, estuvimos junto a Prudencio de Pena compartiendo sus éxitos y las penurias de sus viejas Salas de Niños. Eusebio Roso, Ricardo Caritat y Juan Curbelo Urroz, destacados discípulos del Maestro, eran sus Médicos Ayudantes de entonces. Todo en un ambiente de trabajo donde, junto al personal técnico, el de enfermería, se esforzaba superándose, en largas jornadas diurnas y nocturnas.

Con el andar del tiempo, 18 años después que la dejara De Pena, llegamos a la Cátedra de Cirugía Infantil. Tuvimos la suerte de dirigirla durante 16 años (1955-1971). Cuanto más avanzamos en ella, más admiramos a quien nos dió su ejemplo y mereció, mucho más que nosotros, ejercer esa Cátedra, rodearse de numerosos alumnos, continuar la siembra fecunda de su valiosa experiencia, y descansar, al fin, en un retiro apacible que lo redimiera de su lucha valiente y sin pausas.